

V

D. Andrés Fabricio Pignateli de Aragon, Carrillo de Mendoza y Cortés, VI duque de Monteleone, VI duque de Terranova, VIII marqués del Valle, grande de España, gran camarlengo de Nápoles, caballero del Toison de Oro, etc., casado con Doña Teresa Pimentel y Benavides, hija de D. Antonio Alfonso Pimentel de Quiñones, XI conde de Benavente, de Luda, de Mayorga, grande de España, etc., y de Doña Isabel Francisca de Benavides, III marquesa de Javalquinto y de Villareal. Fué su hija—

VI

Doña Juana Pignateli de Aragon, Pimentel, Carrillo de Mendoza y Cortés, VII duquesa de Monteleone, VII duquesa de Terranova, IX marquesa del Valle, grande de España, etc., mujer de D. Nicolás Pignateli, de los príncipes de Noya y Cerchiara, príncipe de S. R. I. vírey de Cerdeña y de Sicilia, caballero del Toison de Oro, etc. Fué su hijo—

VII

D. Diego Pignateli de Aragon, etc., VIII duque de Monteleone y de Terranova, X marqués del Valle, gran almirante y condestable de Sicilia, grande de España, etc., casado con Doña Margarita Pignateli, de los duques de Bellosguardo. Fué su hijo—

VIII

D. Fabricio Pignateli de Aragon, IX duque de Monteleone y de Terranova, XI marqués del Valle, grande de España, etc., casado con Doña Constanza Medici, de los príncipes de Ortajano. Fué su hijo—

IX

D. Hector Pignateli de Aragon, etc., X duque de Monteleone y de Terranova, XII marqués del Valle de Oaxaca. Vivía cuando Clavigero escribió su Historia, y se casó en Nápoles con Doña N. Piccolomini de los duques de Amalfi.

De Doña Juana Pignateli y D. Nicolás Pignateli, número VI, nacieron cuatro hijos: Diego, Fernando, Antonio y Fabricio; y cuatro hijas: Rosa, María Teresa, Estefanía y Catalina. 1. D. Diego fué el heredero del marquesado del Valle y de los ducados de Terranova y Monteleone. 2. D. Fernando se casó con Doña Lucrecia Pignateli, princesa de Strongoli, y su hijo D. Salvador con Doña Julia Mastriqli de los duques de Marigliano. 3. D. Antonio se casó en España con la hija única del conde de Fuentes, y fué su hijo D. Joaquin Pignateli de Aragon, Moncayo, etc., conde de Fuentes, grande de España, etc., embajador de España en las cortes de Inglaterra y Francia, y presidente del consejo de Ordenes, cuyo hijo D. Luis se casó con la hija única y heredera de Casimiro Pignateli, conde de Egmont, teniente general de los ejércitos franceses. 4. D. Fabricio se casó con Doña Virginia Pignateli, hermana de la princesa de Strongoli, cuyo hijo D. Miguel fué marqués de Salice y Guagnano. 5. Doña Rosa se casó con el príncipe de Scalea. 6. Doña María Teresa con el marqués de Westerlo, señor bohemio. 7. Doña Estefanía con el príncipe de Bisignano. 8. Doña Catalina con el conde de Acerra.

DISERTACIONES

SOBRE

LA TIERRA, LOS ANIMALES Y LOS HABITANTES DE MÉXICO

DISERTACIONES

SOBRE

LA TIERRA, LOS ANIMALES Y LOS HABITANTES DE MEXICO ;

En que se confirma en parte la historia antigua de aquel pais,
se ilustran muchos artículos de historia natural y se confutan muchos errores
publicados sobre América
por algunos célebres escritores modernos.

AL LECTOR

Las disertaciones que ofrezco al público son necesarias, no solamente útiles, para ilustrar la historia antigua de México y para confirmar la verdad de muchas especies contenidas en ella. La primera tiene por objeto suplir la falta de noticias sobre la primera poblacion del Nuevo-Mundo. La segunda, aunque parecerá fastidiosa, no deja de ser útil para conocer los fundamentos de nuestra cronología y ayudar á los que emprendan escribir la historia de los paises de Anáhuac. Todas las otras podrán servir á disipar en los lectores incautos los errores á que los habrán inducido los escritores modernos, que desprovistos de conocimientos sólidos, se han puesto á escribir sobre la tierra, los animales y los hombres de América.

¡Cuántos al leer, por ejemplo, las investigaciones de Mr. de Paw, no se llenarán la cabeza de ideas disparatadas y contrarias á lo que yo digo en mi Historia! Aquel escritor es un filósofo á la moda; hombre erudito en ciertas materias en que más le convendría ser ignorante, ó callar á lo ménos, realza sus discursos con bufonadas y maledicencia, ridiculizando todo lo más sagrado que se venera en la Iglesia de Dios, y mordiendo á cuantos se le presentan, sin ningún respeto á la inocencia y á la verdad; decide francamente y en tono magistral, citando á cada paso á los escritores americanos y protestando que su obra es fruto de diez años de sudores. Todo esto hace muy recomendable á un escritor, para con cierta clase de lectores, en el siglo filosófico en que vivimos. Su mordacidad, el desprecio con que habla de los más respetables padres de la Iglesia, la mofa que hace de los sumos pontífices, de los soberanos y de las órdenes religiosas, y la poca estima en que tiene á los libros santos, en vez de disminuir su autoridad podrán aumentarla, en esta edad en que se han publicado más errores que en todas las precedentes, y en que tantos literatos tienen á

honra escribir con desenfreno y mentir con descaro; en que no se aprecia al que no es filósofo y en que no es filósofo quien no se burla de la religión y quien no adopta el lenguaje de la impiedad.

El objeto de la obra de Mr. de Paw es persuadir al mundo de que en América la naturaleza ha degenerado enteramente en los elementos, en las plantas, en los animales y en los hombres. La tierra, cubierta de ásperos montes y peñascos, y en las llanuras, bañada de aguas muertas y podridas, ó sombreada por bosques tan espesos que no pueden penetrar en ellos los rayos solares, es, según aquel autor, sumamente estéril y más abundante en plantas venenosas que todo el resto del mundo; el aire malsano y mucho más frío que el del otro continente; el clima contrario á la generación de los animales. Todos los propios de aquellos países eran más pequeños, más disformes, más débiles, más cobardes, más estúpidos que los del mundo antiguo, y los que se han trasportado allí de otras partes, inmediatamente han degenerado, como ha sucedido con los vegetales trasplantados de Europa. Los hombres apenas se diferenciaban de las bestias sino en la figura, y aun en ésta se echaban de ver muchos rasgos de degeneración: el color aceitunado, la cabeza dura y con pocos y gruesos cabellos, y todo el cuerpo privado enteramente de pelo. Son feos, débiles y sujetos á muchas enfermedades extravagantes, ocasionadas por la insalubridad del clima. Pero por imperfectos que sean sus cuerpos, aun lo son mucho más sus almas. Son tan faltos de memoria, que no se acuerdan hoy de lo que hicieron ayer. No reflexionan ni coordinan sus ideas, ni son capaces de mejorarlas, ni de pensar, porque los humores de sus cerebros son gruesos y viscosos. Su voluntad es insensible á los estímulos del amor y á los de las demás pasiones. Su pereza los tiene sumergidos en la imbecilidad de la vida salvaje. Su cobardía se hizo ver claramente en la época de la conquista. Sus vicios morales corresponden á sus defectos físicos. La embriaguez, la mentira y la sodomia eran comunes en las islas, en México, en el Perú y en todas las regiones del nuevo continente. Vivían sin leyes, y las pocas artes que conocían eran groserísimas. La agricultura estaba en el mayor abandono: su arquitectura era mezquinísima, y más imperfectos aún sus instrumentos y utensilios. En todo el Nuevo-Mundo no había mas que dos ciudades: Cuzco en la América meridional, y México en la Septentrional, y éstas no eran mas que miserables aldeas.

Hé aquí un ligero bosquejo del monstruoso retrato que Mr. de Paw hace de la América. No lo copio enteramente ni cito lo que sobre el mismo asunto han dicho otros autores mal informados ó mal prevenidos, porque me falta la paciencia para repetir tantos despropósitos. No es mi intento escribir la apología de América y de los americanos, porque este asunto exigiría una obra voluminosa. Para escribir un error ó una falsedad, basta un renglon: para impugnarlo no basta un pliego y ni aun suele bastar un tomo. ¿Qué no se necesitaria, pues, para refutar tantos centenares de falsedades y de errores? Solo atacaré los que se oponen á la verdad de mi Historia. He escogido la obra de Mr. de Paw, porque en ella, como en un muladar, se han recogido las inmundicias, esto es, los errores de los otros. Si parecen fuertes mis expresiones, ha sido porque no he creído conveniente emplear la dulzura con un hombre que se pone de hecho pensado á injuriar al Nuevo-Mundo y á las personas más respetables del antiguo.

Pero aunque la obra de Mr. de Paw será el principal baluarte á que dirigiré mis tiros, tendré que habérmelas con otros autores, y entre ellos con el conde de Buffon. Tengo en gran estima á este ilustre frances y lo creo el más diligen-

te, el más elocuente y el más exacto de todos los naturalistas de nuestro siglo: no pienso que ningún otro le haya excedido en el arte difícil de describir los animales; pero siendo tan vasto el argumento de su obra, no es extraño que á veces se engañase ó pusiese en olvido lo que había dicho ántes, especialmente sobre América, donde es tan vária la naturaleza: por lo que ni sus descuidos, ni las razones con que los ataco, podrán de ningún modo perjudicar á la gran reputación de que goza en el mundo literario.

En la comparación que hago entre un continente y otro, no es mi designio elogiar la América á expensas de las otras partes del mundo, sino indicar las consecuencias que se deducen naturalmente de los principios establecidos por los autores que impugno. Estos paralelos son demasiado odiosos, y el que pondera apasionadamente su país, colocándolo sobre todos los otros, se parece más á un muchacho que pelea, que á un literato que disputa.

En las citas de la Historia de los cuadrúpedos, del conde de Buffon, me he valido de la edición hecha en París en la imprenta real, en treinta y un tomos, y concluida el año de 1768. En las de las investigaciones de Mr. de Paw, me he servido de la edición de Londres de 1771, en tres tomos, con las impugnaciones de Pernetty y la respuesta del autor.



CAPITULO AL LECTOR